11353

Florencio Sánchez

UN BUEN NEGOCIO

COMEDIA SOCIAL

EN DOS ACTOS Y EN PROSA

Estrenada en el Teatro Apolo, de Buenos Aires,
la noche del 17 de Mayo de 1909

BUENOS AIRES

—

B. FUEYO, Editor. — Paseo de Julio, 1342

1910

UN BUEN NEGOCIO

UN BUEN NEGOCIO

COMEDIA SOCIAL

EN DOS ACTOS Y EN PROSA

POR

FLORENCIO SÁNCHEZ

Estrenada en el TEATRO APOLO, de Buenos Aires, la noche del 17 de mayo de 1909

BUENOS AIRES

—

B. FUEYO, EDITOR.—PASEO DE JULIO, 1342

1910

Esta obra no podrá ser reimpresa sin autorización del editor B. Fueyo.

Los derechos de representación se los reserva el autor.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
Dr. ÁLVAREZ, 35 años	Pablo Podestá.
ANA MARÍA, 17 años	María Gamez.
MARCELINA, 35 años	María Cambro.
ENCARGADA, 28 años.	Carolina Tortorolo.
ROGELIO, 45 años	Arturo Mario.
BASILIO, 24 años	Francisco Ducasse.
RICARDITO, 12 años	Pascual Ricotti.
PERICO, 8 años	Niña Galván.
NENA, 6 años	» Mercedes Montes.
ANCIANA, abuelita paralítica.	

La acción se desarrolla en Buenos Aires

ACTO PRIMERO

La escena representa una habitación modesta con los siguientes muebles: en el rincón de la derecha una cama de dos plazas, otra de una en el de la izquierda y al respaldo de ésta ó donde cuadre mejor, una camita de fierro plegadiza y un colchón cuidadosamente arrollado. Cómoda antigua al frente. Sobre ésta una imagen de la Virgen, algunos bibekols y la reducida loza y cristalería del Merze.

En el centro una mesa dispuesta para el planchado, una máquina de coser con costura puesta y un sillón de ruedas para el uso que se indicará.

En la cama de la derecha la niñita enferma y en la de la izquierda la abuelita anciana paralítica.

Al levantarse el telón el médico termina el examen de la niña enferma.

ESCENA PRIMERA

DOCTOR, MARCELINA, ANA MARÍA, NENA *y* ANCIANA

MARCELINA. *(Consolando á la niña que solloza.)* ¿Ves? Ya terminó. No llores más. Toda una señorita como tú, no debe asustarse del médico.

ANA MARÍA. *(Ofreciéndole al doctor una palangana que sostiene después con sus manos.)* ¡Usted perdonará, doctor, pero tenemos tan pocas comodidades!

EL DOCTOR. *(Sin responder se lava las manos.)*

ANA MARÍA. *(Al darle la toalla.)* ¿Cómo la encuentra, Doctor?

675290

El Doctor. *(Saca el recetario y escribe una fórmula.)* De esto primero le aplican unas fricciones; esto de más abajo es un tónico. Hay que cuidar mucho la alimentación de esa niña.

Ana María. ¿Y no será peligroso lo que tiene?

El Doctor. Volveré dentro de dos ó tres días. *(Al ir á tomar su sombrero advierte á la anciana.)* ¿Otro enfermo?

Ana María. No. Es abuelita. Hace tres años que está paralítica. Se impresionó mucho con la muerte de papá y...

El Doctor. Adiós... buenas tardes. *(Mutis.)*

Ana María. Adiós, doctor.

Marcelina. Servir á usted, doctor *(á Ana María.)* ¿Te dijo algo?

Ana María. Que volverá dentro de unos días. *(Besa á la nena.)* ¿Se te pasó el susto? Es muy poca cosa lo que tienes, dentro de unos días podrás levantarte y corretear á tu gusto por el patio. Y ahora á atender á esta otra nena. *(Llega el sillón de ruedas á la cama de abuelita.)* Ven mamá; ayúdame. *(Entre las dos transportan á la anciana al sillón y la conducen á la ventana.)* Señora, á tomar aire y á curiosear lo que pasa en la calle. ¡Pero, cuidadito con mirar mucho á los mozos! *(La besa en la frente y se sienta á la máquina reanudando la costura; una pausa, se oye el ruido de la máquina. De repente, sobresaltada.)* ¡Ay, Dios mío!

Marcelina. *(Que se ha sentado en cualquier parte, pensativa, con inquietud.)* ¿Qué te ocurre?

Ana María. *(Sin responder corre al patio y vuelve con la jaula del canario.)* Me había olvidado de este otro hijo. Asolandire, el pobrecito. Míralo con el piquito abierto, casi asfixiado. *(Cuelga la jau-*

la, haciéndole mimos al canario y se pone de nuevo á coser.)

MARCELINA. Me asustaste, muchacha. ¿Cuándo dejarás de ser una criatura?

ANA MARÍA. ¿Por qué soy una criatura? ¿Por qué no me paso el día suspirando en los rincones? A mal tiempo buena cara, señora mía.

MARCELINA. Si pudiéramos alimentarnos con refranes y dicharachos no tendríamos de qué quejarnos.

ANA MARÍA. ¿Volvemos, mamá? Ya te he dicho que no quiero oirte hablar así. Me ofendes y cometes una injusticia.

MARCELINA. ¿Y tú no me ofendes diciéndome que me paso el día suspirando en los rincones?

ANA MARÍA. *(Dejando la costura, muy afectuosa.)* Por Dios mamá, no hay razón para tanta susceptibilidad. Decía eso por decir algo... por decir... no sé cómo explicarme, por decir...¿acaso por conservar un poco de jovialidad en mis maneras, dejo de atender nuestras necesidades, no trabajo, no cuido de los chicos?...

MARCELINA. No digo eso; pero tenemos que pensar muy seriamente en el porvenir.

ANA MARÍA. *(Con suave ironía.)* ¡Oh! ¡Sí! ¡Para pensar seriamente en las cosas tristes que nos pasan; que nos puedan pasar, tenemos que poner la cara lúgubre, cerrar las persianas para que no entre la luz, suspirar hondo tres veces por minuto, lamentarse, sobre todo eso, lamentarse una barbaridad, con los vecinos, con los proveedores, con las amistades, con la Virgen de los Desamparados y con todos los santos protectores del Almanaque, y si se da el

caso de que un pobre canarito se está muriendo de insolación, dejarlo que se achicharre!... ¿A eso le llaman pensar seriamente?

MARCELINA. Olvidas que tus pobres hermanitos se han ido al colegio sin almorzar otra cosa que un pedazo de pan.

ANA MARÍA. Pues si yo me pasara el tiempo lloriqueando, ni eso comen hoy. Y basta, mamá, basta ya, un beso y á poner mejor semblante. *(Vuelve á la tarea.)*

MARCELINA. Es que tú no sabes que hoy ó mañana nos piden el desalojo.

ANA MARÍA. Bah, ¿no tienes noticias más frescas?

MARCELINA. ¿Y qué vamos á hacer sin un centavo, sin nada más de que sacarlo, con tanta familia, con esa pobre vieja inutil y para peor de los males la nena tan enferma? Nos arrojarán á la calle, tendremos que vivir de limosna. Si al menos pudiéramos contar con alguno de los muchos amigos de tu padre; pero tú sabes que aquellos que más le debían fueron los primeros en volvernos las espaldas.

ANA MARÍA. Sí; la eterna historia.

MARCELINA. Antes siquiera lo teníamos á don Rogelio pero...

ANA MARÍA. *(Brusca.)* Por favor, mamá, ¡no lo nombres; no lo nombres!

MARCELINA. Bastante nos ayudó.

ANA MARÍA. No lo nombres te he dicho. No quiero oir hablar de semejante persona.

MARCELINA. Es un capricho el tuyo.

ANA MARÍA. Como te parezca. Pero te pido que respetes ese capricho. Cada vez que la miseria nos aprieta un poco se te aparece ese hombre como la única tabla de salvación. ¡Don Rogelio, don Rogelio, y don Rogelio! ¡Y se acabó el mundo!

MARCELINA. Y no te equivocas. No tenemos otro á quien acudir.

ANA MARÍA. Y yo, ¿qué soy en esta casa? No precisamos de nadie.

MARCELINA. ¡Tú, tú, pobrecita! ¿Qué puedes? Aunque trabajaras diez veces más de lo que trabajas y bien que te estropeas en esa máquina, no llegarías á cubrir la mitad de nuestras necesidades. Demasiado lo estás viendo. Hace tres meses con tu trabajo y con el mío apenas si ganamos para comer mal y eso que embrollamos el alquiler. Imagínate ahora con el desalojo encima y la enfermedad de la nena, que sabe Dios lo que el porvenir nos guarda. Los enfermos al hospital, los chicos al asilo y nosotras...

ANA MARÍA. ¿Sabes mamá, que estoy observando una cosa?

MARCELINA. ¿Qué cosa?

ANA MARÍA. Que hoy no estás tan triste...

MARCELINA. ¿Qué quieres decir? ¿Por qué?...

ANA MARÍA. Regañas demasiado.

MARCELINA. No te entiendo.

ANA MARÍA. Pero me entiendo yo. ¿Quieres hacerme el favor de pedirle á la vecina una plancha caliente para asentar esta costura?

MARCELINA. No, yo no voy. Bien sabes que las presta de mala gana.

ANA MARÍA. Con tal de que las preste, ¿qué nos importa el gesto?

MARCELINA. ¿Ahora piensas así?

ANA MARÍA. ¡Oh! sin tanta necesidad las gentes toleran cosas peores.

ESCENA II

ENCARGADA, ANA MARÍA *y* MARCELINA

ENCARGADA. Buenas tardes vecinas; siempre trabajando, ¿eh?

ANA MARÍA. Buenas, señora.

ENCARGADA. ¿Cómo sigue la niña? he visto salir al doctor y...

ANA MARÍA. Está lo mismo. Tome asiento.

ENCARGADA. Han hecho bien en llamarlo. *(Gesto de extrañeza de Ana María.)* Esas cosas son peligrosas. La vez pasada tuvimos una inquilina que tenía una niña de la misma edad que ésta, un año más ó un año menos, y á la pobrecita le apareció un bulto así, en la rodilla. ¿Y saben lo que era? un tumor frío y ahora la infeliz está, que Dios nos libre y guarde, con una piernita seca en el hospital. *(Marcelina suspira impresionada.)* Yo no digo que ésta tenga lo mismo; pero siempre es bueno atender los males con tiempo. Bien; ustedes me perdonarán vecinas pero yo vengo á traerles una mala noticia: hoy se debe haber presentado el procurador á pedir el desalojo. Ustedes tendrán un plazo para irse si es que no pueden arreglar las cosas antes y continúan en esta casa, lo que ojalá sucediese; porque inquilinos como ustedes, difícilmente se ofrecen. Iguales tal vez; pero mejores, eso no. Se lo decía esta mañana al mismo dueño de casa, la pieza bien cuidada, el piso como un espejo, unas criaturas limpias y bien enseñaditas, y gente toda que nunca ha tenido una

cuestión con los vecinos. Una verdadera lástima.

ANA MARÍA. Muchas gracias.

ENCARGADA. Pero el dueño, es claro, dice que él lo lamenta mucho pero que con el buen corazón no se tiene propiedades. Y por un lado su razón no le falta. Eso sí, agregó que si ustedes pudieran entregar aunque fuera dos meses juntos ya que yo ponía tanto empeño, no tendría inconveniente en que se quedaran.

ANA MARÍA. Sí, hemos de arreglar esto.

ENCARGADA. ¡Al fin y al cabo no es mucho y ustedes que tienen buenas relaciones!... A propósito, y aquel pariente de ustedes que antes venía á visitarlos tan á menudo, ¿no está aquí?

ANA MARÍA. No era pariente.

ENCARGADA. Siempre lo tuve por tal.

MARCELINA. No, señora. Fué socio de mi marido cuando tenía casa de comercio.

ENCARGADA. ¡Ah, sí!... ¿Y también le fué mal al pobre en los negocios?

ANA MARÍA. Sí, señora; tan mal que se quedó con cuanto tenía mi padre, con todo lo nuestro.

ENCARGADA. ¡Jesús! ¡Y parecía tan bueno!...

MARCELINA. *(A Ana María.)* ¿Por qué hablas así, muchacha? Les fué mal á los dos. Luego Rogelio trabajó y se repuso como se hubiera repuesto tu padre, si Dios le conserva la vida.

ANA MARÍA. Si no le matan los disgustos. Esa es la verdad. Y doblemos la hoja.

ENCARGADA. *(Cohibida.)* Yo, vecinas, no pensé que pudieron molestarse...

ANA MARÍA. No se preocupe usted, señora.

ENCARGADA. Bien, será hasta luego. ¡Siento mucho haberles traído tan mala noticia; si dependiera de mí!... Que se alivie la enfermita. *(Medio mutis.)*

ANA MARÍA. Gracias. ¡Ah! Y gracias también por el otro servicio.

ENCARGADA. ¿Cuál?

ANA MARÍA. Habernos mandado el médico para la nena.

ENCARGADA. Déjese usted de cosas. Estaba en el patio, entró el médico, me preguntó donde quedaba el cuarto de ustedes y yo se lo dije, ¡valiente servicio!

ANA MARÍA. Siempre es de agradecer... Adiós. *(Encargada, mutis.)*

ESCENA III

MARCELINA *y* ANA MARÍA

ANA MARÍA. *(De pie ante la madre con severidad.)* Mamá, ¿quién ha mandado llamar al médico?

MARCELINA. *(Confundida.)* Pues...

ANA MARÍA. ¿Quién, mamá?

MARCELINA. Yo.

ANA MARÍA. ¿Y por qué me dijiste que había sido la encargada?

MARCELINA. Una mentira inocente.

ANA MARÍA. ¡Una mentira culpable, una mentira culpable! ¿Por qué me ofendes de esta manera? ¡No, no me lo digas! ¡Sé lo que has hecho! Te lo conocí hace un momento. Cuando razonabas sobre nuestra situación, no eras sincera. Te preparabas el terreno. Has acudido á ese hombre, ¿verdad?

MARCELINA. ¿Para qué negártelo? Sí: le he escrito contándole nuestros apuros, pidiéndole un médico para la nena y pidiéndole dinero además.

ANA MARÍA. Es una maldad, una ingratitud, una infamia lo que haces conmigo.

MARCELINA. Califícame como quieras, insúltame, que todo estoy dispuesta á tolerarte y perdonarte, pero no llegarás á convencerme de que he hecho mal.

ANA MARÍA. Sí que has hecho mal. Perdóname alguna palabra fuerte, pero me siento tan tan sublevada que no sé lo que me digo. No debiste portarte de tal manera conmigo, no tenías derecho, ¡qué ingratitud!...

MARCELINA. ¡Hijita por Dios!... ¿acaso eres tú, toda esta casa?

ANA MARÍA. Mi honor es el honor de todos.

MARCELINA. ¿Qué quieres decir?

ANA MARÍA. Ese hombre es el causante de nuestra ruina. Y luego tú me habías prometido no acudir á sus servicios en ningún caso, pasara lo que pasara ni aun en los extremos de la miseria. Fué un pacto, mamá. Y si tú lo habías cumplido hasta ahora, demasiado sabes de qué manera he cumplido la responsabilidad que me impuse al privarles del apoyo de ese señor. No podía esperarlo; ni en sueños pasó por mi mente la idea de que llegarías á pagar de tan mala manera mi cariño por todos, mi dedicación, la abnegación de mis esfuerzos por allegar decorosamente un poco de pan á esta casa. Es una ingratitud y un agravio tu conducta.

MARCELINA. Hace un momento te decía que eras una niña y lo repito ahora. Eres una niña vanidosa.

ANA MARÍA. ¿Vanidosa?

MARCELINA. Sí; vanidosa. Yo todo lo puedo; yo sola, yo sola puedo trasportar esta casa al solar vecino. ¡Sola, sola!... Y un día trasladas una piedra, al siguiente otra piedra y el tiempo y el trabajo acaban por agotar tu vida, sin que de tu esfuerzo quede otra cosa que una

obra destruída y otra obra por hacer. ¡Ah, hija mía! Hace tiempo que deseaba tener esta explicación contigo. Tú me quieres, quieres entrañablemente á tus hermanos, á tu abuelita, te creo dispuesta, y bien que lo has probado llegando á las mayores abnegaciones por nuestro bienestar; pero ¿no hemos palpado bien á las claras la inutilidad de tu sacrificio? Me impusiste que rechazara la protección de ese hombre.

ANA MARÍA. Porque era vergonzosa.

MARCELINA. ¿No decías hace un instante, venga el favor que lo demás no importa?

ANA MARÍA. Me refería á una futileza. Ese hombre robó á mi padre.

MARCELINA. Pues protegiéndonos no haría más que reintegrarnos lo que nos tomó.

ANA MARÍA. ¿Y nuestro decoro? ¿Estás segura de que las intenciones de ese hombre sean perfectamente honestas?

MARCELINA. No tengo por qué dudarlo.

ANA MARÍA. ¿Y si no lo fueran?

MARCELINA. Como la intención no daña y aprovecha con no averiguarla, todo está concluído.

ANA MARÍA. Es espantoso lo que dices. ¿Qué debo pensar de ti?

MARCELINA. Que soy una madre dispuesta á todo para conseguir la felicidad de sus hijos.

ANA MARÍA. ¿De todos?

MARCELINA. De todos ó de los que pueda.

ANA MARÍA. Dime, ¿á qué llamas felicidad?

MARCELINA. A comer, á vivir, á vestirse, á educarse, á gozar de los dones materiales y espirituales de la vida. Eso es la felicidad que ambiciono para los míos, el rango que estaban destinados á ocupar y disfrutar y que he de proporcionarles á cualquier precio.

ANA MARÍA. *(Abismada.)* ¡A cualquier precio!
MARCELINA. Y tú has de ayudarme.
ANA MARÍA. ¿Yo? ¿Yo, mamá?
MARCELINA. Me ayudarás.

ESCENA IV

ANA MARÍA, MARCELINA, RICARDO *y* PERICO

ANA MARÍA. *(Llamándole la atención hacia la puerta.)* ¡Cállate!...
RICARDITO. Buenas tardes. *(Besa á la madre, á Ana María, besa la mano á la abuelita y arroja los libros de estudio sobre la mesa.)*
PERICO. *(Entra precipitadamente y dirigiéndose á Ricardito.)* ¡Qué gracia! Llegaste primero porque viniste corriendo.
MARCELINA. Buenas tardes, ¿no se saluda hoy?...
PERICO. Es verdad; me había olvidado. *(Besa á todos.)*
ANA MARÍA. ¿Y Antonio?
PERICO. Se fué con otro niño á buscar un libro. *(Se dirige á la cómoda y busca en un cajón algo que no encuentra.)* Y ¿no hay nada?
MARCELINA. Nada, tengan paciencia, hijitos, luego habrá cuando se entreguen las costuras.
PERICO. ¡Qué lástima! ¡traía un apetito!...
ANA MARÍA. Vayan, vayan al patio á jugar, ¿por qué no llevan á abuelita?
PERICO. Vamos, Ricardo. *(Entre los dos empujan el sillón de ruedas de la paralítica y se la llevan.)*
ANA MARÍA. Tengan cuidado, no la lleven muy aprisa porque no le gusta.

ESCENA V

MARCELINA *y* ANA MARÍA

MARCELINA. ¿Ves? ¿Lo ves? Si la miseria ajena nos inspira piedad, el hambre nuestra, el hambre de estos seres tan queridos...

ANA MARÍA. *(Malhumorada, hundiendo la cabeza entre los brazos.)* Déjame, déjame...

MARCELINA. Es que esto es lo menos, al fin y al cabo si no comen hoy, comerán mañana. Ahí tienes á la nena postrada en la cama, por falta de alimentación y de existencia, á la misma viejita, ¿tenemos derecho á sacrificarlos? Supon te que por el momento consiguiéramos lo necesario para comprarles medicamentos, que pudiéramos evitar el desalojo, que quintuplicando el esfuerzo lográramos asegurar el pan y lo demás; todas las contingencias desgraciadas que nos acechan... ¿Y la educación de los niños?

ANA MARÍA. Y los pobres, mamá. ¿Cómo viven?

MARCELINA. Está bien; hagamos lo que ellos, repartamos la familia; que cada uno se gane un bocado. Unos á vender diarios, otros al taller ó al conchavo. ¿No sería un crimen entregar á esos pobrecitos seres nacidos y criados en la holgura, completamente indefensos á todos los aporreos de la vida; cuando yo misma, fuerte capaz de todas las resignaciones me estoy sintiendo hastiada de tanta humillación y de tanta penuria?

ANA MARÍA. Basta, mamá, basta...

MARCELINA. ¡No hijita! que soporten la miseria quienes no puedan salir de ella. Nosotros podemos... y debemos recuperar el bienestar perdido, sino el propio, el de esas criaturas que son la mitad de nuestras vidas.

ANA MARÍA. ¿A cualquier precio?

MARCELINA. A cualquier precio. *(Se encamina á la puerta.)*

ANA MARÍA. ¡Mamá! ¡mamá! ¿Qué haces conmigo?... ¿qué haces conmigo?...

MARCELINA. Cállate. Viene tu novio.

ANA MARÍA. *(Se desploma en una silla sollozando.)*

ESCENA VI

MARCELINA, BASILIO *y* ANA MARÍA

MARCELINA. *(Detiene á Basilio dando tiempo á que Ana María se reponga.)* ¿Cómo estás Basilio? ¿has visto á mis nenes en el patio? ¿están con juicio?

BASILIO. Sí, señora, pasean á la abuelita. ¿Cómo sigue su enferma?

ANA MARÍA. *(Se domina con notorio esfuerzo y reanuda la costura.)*

MARCELINA. Así, así. Pase usted.

BASILIO. ¿Cómo estás, Ana María?

ANA MARÍA. Muy bien, Basilio.

BASILIO. No tanto; á juzgar por tu semblante. tú has llorado.

ANA MARÍA. Te aseguro que no.

BASILIO. ¿Mentirillas?... *(Yendo á la cama de la nena.)* ¿Cómo está la enfermita?... *Se interrumpe al notar que duerme.)* Dormida. *(Toma una silla y la aproxima.)* Veamos, veamos qué es eso de los lagrimones.

MARCELINA. ¿Cree usted que lo que nos pasa es como para poner cara de pascuas?

BASILIO. ¿Y ese carácter, y esa energía, y esa jovialidad? ¿Papel dorado?...

ANA MARÍA. No fué nada. Un instante de depresión. ¿Y tú? ¿Qué ha sido de tu vida en estas veinticuatro horas?

BASILIO. Ocuparme de ti.

ANA MARÍA. Zalamero.

BASILIO. Idealmente, no; prácticamente: adivina lo que acabo de hacer.

ANA MARÍA. Lo sé, pedir un anticipo de tu sueldo para ofrecerme en préstamo. Te advierto que no te acepto más que lo necesario para comprar estos medicamentos, con la obligación de decirme cuánto valen. *(Le da la receta.)*

BASILIO. De acuerdo: pero no has acertado, ¡adivina! *(Pausa. Ana María se absorve en la costura.)* ¿No se te ocurre? ¿qué crees que pueda haber hecho pensando prácticamente en nosotros? ¿No respondes?... ¿No deduces nada?... Di algo.

ANA MARÍA. *(Con cierta brusquedad.)* ¿Qué quieres que te diga? ¡no sé, no acierto!...

BASILIO. Esa brusquedad, Ana María...

ANA MARÍA. ¡Pero hijo de Dios! ¡no ves que estoy rabiando con esta costura que me ha salido toda torcida. Mira, mira... mira por donde lo he llevado!...

BASILIO. ¿Y por eso me castigas?

ANA MARÍA. *(Dulcemente.)* Perdóname, Basilio, estoy algo nerviosa. Cuenta, cuéntame lo que has hecho.

BASILIO. Pues... Acabo de comprar un terreno.

MARCELINA. *(Que cose á mano en cualquier parte.)* ¡Usted!...

BASILIO. Sí, señora, yo. El infrascrito, su seguro servidor.

MARCELINA. ¿Ha heredado?

BASILIO. No señora. Tampoco he robado.

MARCELINA. No se moleste usted. Era muy natural mi extrañeza.

BASILIO. *(A Ana María, como para ella sola.)* Verás que lindo terreno. Yo no te enteré de mi proyecto para darte la sorpresa una vez realizada. Estudié el plano del remate, fuí á ver las tierras y le eché el ojo á un lotecito. *(Saca un plano del bolsillo y lo extiende.)* ¿Ves? esta es la calle principal, adoquinada, con tranvía eléctrico, etc., etc., etc., como dice el rematador en lugar de nada más. Pues bien á cuadra y media del tranvía queda mi terreno. *(Señalando en el plano, sin observar la indiferencia de Ana María que continúa abstraída.)* Siguiendo esta calle hacia el sud, en la primera esquina doblas á la derecha, caminas cincuenta metros y estás en casa. Aquí... lote núm. 56. Mejor situado no se puede pedir, ¿no te parece? *(Notando la actitud de Ana María, estruja el plano lo guarda y se pone de pie.)* ¡Estás hoy... insoportable!

ANA MARÍA. Escucha Basilio...

BASILIO. ¡Desconocida!... Por cierto que esperaba todo menos este recibimiento. Pensar que no bien terminado el remate me echo casi á correr por esas calles con el alborozo de un chico que lleva una buena noticia, descontando la impresión que te iba á producir el saberme dueño de un terreno, imaginándome tus gestos, las exclamaciones de incredulidad, mis reproches porque no me creías y tu regocijo al saber que era verdad... pensar eso y ver después... Ana María; ¿qué tienes? responde mi Santa, ¿qué ocurre?

ANA MARÍA. *(Que ha permanecido con ambos codos apoyados en la máquina y la cara cubierta por las manos, estalla en sollozos.)*

BASILIO. *(A Marcelina.)* Señora, aquí sucede algo extraordinario. ¿Qué es lo que sucede? Hable usted.

MARCELINA. Hijo mío, ¿qué quiere usted que le diga? Estoy también sorprendida.

BASILIO. Esta actitud de Ana María es muy extraña, hágame usted el servicio de decirme...

ANA MARÍA. No, Basilio, nada me pasa. Ya te he dicho que me siento nerviosa y deprimida. ¡Oh, cuánta miseria, cuánta miseria! Ven, no te preocupes; no me hagas caso, siéntate á mi lado, cuéntame lo del terreno.

BASILIO. ¡No me mientas, Ana María!...

ANA MARÍA. Te juro que sólo fué un momento de desfallecimiento, sin más motivos que los que tú conoces. Ya pasó. Cuéntame eso del terreno. Lo compraste, ¿verdad?... A pagar á plazos... quiero verlo... muéstrame el plano... á ver... á ver...

BASILIO. No, hablemos de otra cosa.

ANA MARÍA. Dame ese plano; si no me lo enseñas creeré que me guardas rencor. *(Basilio saca el plano.)* Ahora verás que te había escuchado. *(Extiende el plano.)* Tranvía eléctrico... se camina una cuadra... se tuerce á la derecha y estamos en... estamos en... casa... *(Todo esto lo dice marcando sobre el plano un trayecto arbitrario, con voz de llanto contenido.)*

BASILIO. ¿Lloras todavía, mi Santa?

ANA MARÍA. No, ahora es de emoción. Mira las lágrimas que han caído sobre nuestra casita. ¡Fueron las últimas te lo juro!... *(Lleva el pañuelo á los ojos y retoca su semblante.)* ¿Lo ves? todo ha concluído. *(Suena una palmada en la puerta.)* Adelante.

ESCENA VII

ROGELIO, MARCELINA, ANA MARÍA *y* BASILIO

ROGELIO. Buenas tardes.

MARCELINA. *(Yendo al encuentro.)* ¿Cómo está usted?

ROGELIO. *(Después de saludar á Marcelina, á Ana María.)* ¿Cómo estás chica?

ANA MARÍA. Muy bien, señor.

ROGELIO. *(Sin saludar á Basilio.)* ¿Es de cuidado la enfermedad de Lolita?

MARCELINA. El médico nada dijo. No creo que sea de peligro el caso.

ROGELIO. Estuvo Alvarez, ¿verdad? Yo le recomendé por teléfono que no dejara de venir y que se pusiera á las órdenes de ustedes.

MARCELINA. Muchas gracias. Siéntese, Rogelio.

ROGELIO. No, como tenemos que hablar de algunos asuntos privados, prefiero volver más tarde.

BASILIO. *(Altivo.)* No se moleste, señor, he comprendido que debo irme. Adiós, Ana María. Buenas tardes. *(Mutis.)*

ESCENA VIII

ROGELIO, ANA MARÍA *y* MARCELINA

ROGELIO. ¡Parece que tiene mal carácter ese jovencito!...

ANA MARÍA. No se precisa mucho para responder á una impertinencia.

MARCELINA. Yo creo que Rogelio ha estado correcto. Ese señor no es tu marido aún para que pueda intervenir en las intimidades de la familia.

ANA MARÍA. Tiene más derecho que ese señor á participar de nuestros asuntos.

MARCELINA. ¡Ana María!

ROGELIO. *(Aproximándose á Ana María.)* Siempre la misma chiquilla impetuosa y aturdida. Esperaba que la lección te hubiera aprovechado, pero veo que genio y figura... *(Palmeándola maternalmente.)* ¡Chiquilla! ¡Chiquilla!...

ANA MARÍA. ¡Déjeme usted!

ROGELIO. No te alteres, porque esta vez estoy resuelto á no tomar en serio tus actitudes terribles. Aproxímese usted, señora, siéntese usted y abordemos nuestro asunto con toda franqueza. No necesito que me cuenten nada de lo que les pasa. Los he seguido muy de cerca, sé que han sufrido mil privaciones y cuanto ha hecho esta admirable criatura por aliviarlas. Si antes no he intervenido para ayudarlos ha sido por respeto á su voluntad *(por Marcelina)* y á tu capricho, Ana María.

ANA MARÍA. ¿A mi capricho?

ROGELIO. A tu capricho. ¿Qué motivos serios tuvieron ustedes para rechazar mi ayuda y para arrojarme de esta casa? Responda usted, señora, porque de ésta me espero la respuesta; una serie de argumentaciones sobre la delicadeza, el decoro, el que dirán ó supondrán las gentes; etc., etc., pero que no tienen más razón de ser que el pecado de haberme opuesto á sus amores con el mozo que acaba de irse.

ANA MARÍA. ¿Acaso el mendrugo que nos arrojaba le daba derecho á erigirse en mi tutor?

ROGELIO. El mendrugo no; pero nuestra vieja amistad, mi experiencia, mi conocimiento de las cosas de la vida, me autorizaban á darte un consejo. No es un partido para ti ese individuo, te lo

dije antes y te lo repito ahora. Tú, la que te has hecho cargo de toda la familia con tan heroica decisión, te verás obligada mañana á abandonarla, porque supongo no piensas hacerme creer que ese pobre diablo, por mucho que te quiera y por bueno que sea, pueda cargar con la hipoteca de todo un familión, cuando no cuenta sino con su mísero sueldo y tiene también madre y seres por quienes velar. Sería la unión del hambre y las ganas de comer, luego...

ANA MARÍA. Basta, señor, no siga hablando así. Diga categóricamente, ¿qué quiere de nosotros? ¿qué es lo que quiere usted de nosotros?

ROGELIO. *(De pie.)* De ti que te dejes de niñerías y que desemperruñes ese gesto que no te sienta bien; y de usted, Marcelina, que me diga sin reticencias cuánto necesita.

MARCELINA. Gracias, Rogelio. Usted no ignorará que yo nunca hubiera deseado llegar á estos extremos, pero el hambre puede más que todos los escrúpulos.

ROGELIO. Sobre todo cuando esos escrúpulos son infundados. ¿Cuánto necesitan de inmediato? Digo de inmediato porque ahora mis negocios son más prósperos y podré mejorar las condiciones de usted.

MARCELINA. No se preocupe de eso. Salvados ciertos apremios no le seremos muy gravosos. Por ahora necesitamos resolver el problema del alquiler y unos cuantos pesos para remedios y para darle un alivio á esa pobre muchacha que se mata sobre la costura.

ANA MARÍA. *(Angustiada.)* ¡No aceptes nada, no aceptes!...

ROGELIO. *(Sacando una suma de la cartera.)* ¿Alcanza?

ANA MARÍA. ¡Por Dios! ¡No tomes ese dinero! ¡No!...

MARCELINA. Sí; hija mía. Es necesario. *(Aceptando.)* Gracias.

ANA MARÍA. *(Cae abrumada monologando.)* ¡Me condenan! ¡Me condenan!...

ROGELIO. *(Aproximándose á Ana María.)* ¡Oh, la chiquilla vehemente!... *(Le acaricia suavemente la cabeza.)* Cabeza de chorlito... hay que asentarla.

MARCELINA. ¿Quiere que le prepare una taza de te, Rogelio?

ROGELIO. Con el mayor gusto.

MARCELINA. Voy á preparárselo. *(Se encamina á la puerta.)*

ANA MARÍA. *(Irguiéndose.)* Mamá. ¿Por qué te vas?

MARCELINA. *(Mutis sin responder.)*

ANA MARÍA. ¡Oh! ¡Mamá!... ¡Mamá!... *(Desolada se deja caer de nuevo en la silla ocultando el rostro.)*

ESCENA IX

ROGELIO *y* ANA MARÍA

ROGELIO. *(A espaldas de Ana María, la contempla amorosamente. Pausa larga. Luego como la crisis dura, dulcemente.)* Basta, Ana María. Basta hijita... Levanta esa cabeza. *(Se la toma con ambas manos y con suave presión la atrae hacia él obligándola á mirarlo. Ana María inconsciente deja hacer y al abrir los ojos y encontrarse con la mirada de Rogelio se incorpora con viveza.)*

ANA MARÍA. *(Alejándose.)* ¡Oh, qué indignidad!...

ROGELIO. Ana María, te suplico que me oigas.

ANA MARÍA. ¡Váyase usted! *(Señalando la cama de la enferma.)* Respete eso.

ROGELIO. Duerme. *(Sumiso.)* ¡Ven; no me temas! Quiero que me oigas, nada más; que me escuches. Tú te has formado de mí un concepto erróneo. Soy incapaz de una agresión, de una cobardía. Atiéndeme. Hablemos tranquilamente. Siéntate. Quiero que escuches mi justificación. Hace un instante vencido por mis sentimientos, en un ímpetu de ternura me permití esa libertad bien inocente que tanto te ha alarmado. Te prometo...

ANA MARÍA. Está bien; lo escucharé. ¿Qué otro remedio? *(Se sienta.)* Hable usted.

ROGELIO. Yo te adoro, Ana María...

ANA MARÍA. Suprima declamaciones, vamos al grano... ¿En cuánto quiere comprarme?

ROGELIO. No me ofendas, Ana María. Me tomas por un vulgar seductor y no me comprendes. Yo te adoro desde que empezaste á ser mujer, como te quería con ternura de padre, cuando correteabas en mi casa jugando con mis hijitos. Será una pasión absurda, loca, criminal, pero esa pasión es superior á toda ponderación, á todo raciocinio; un incendio de mis sentidos y una absorción de mi espíritu. Mira si será honda y perturbadora que he llegado hasta acariciar la esperanza criminal de una liberación que me permitiera ofrecerte mi nombre y mi fortuna.

ANA MARÍA. La fortuna de mi padre.

ROGELIO. No me injuries, Ana María. Aquello fué una operación desgraciada. Tu padre sacó la peor parte y yo me vi imposibilitado para ayudarle. Podría

apelar serenamente á su memoria con seguridad de sincerarme.

ANA MARÍA. ¡A esa memoria que está usted respetando tan poco! ¡No continúe usted, por favor! ¡No continúe! Hábleme como comerciante si quiere que lo oiga. ¿En cuánto me compra?

ROGELIO. *(Suplicante.)* ¡Ana María! ¡Ana María! Te juro que en estos momentos soy sincero y honrado.

ANA MARÍA. ¡Usted! Usted que pudiendo y debiendo resarcirnos lo que nos pertenecía, lo que robó á mi padre...

ROGELIO. No.

ANA MARÍA. Lo que robó á mi padre, nos dejó hundirnos en la miseria para satisfacer mejor su pasión torpe. Pudo haber hablado antes de honestidad y de sinceridad; antes de rendir la plaza por hambre y soborno.

ROGELIO. Es verdad, ¡perdóname! No debí nunca consentir que sufrierais tan extremadas privaciones: pero estaba ofuscado. Es cierto, te confieso que lo hice deliberadamente, pero te prometo, Ana María, reparar ampliamente, mi falta.

ANA MARÍA. Basta. ¡Diga en cuánto me compra, no tema quedarse corto!

ROGELIO. Daría todo cuanto tengo sólo porque creyeras en la sinceridad de mis palabras. Ya que no puedo ofrecerte nada más, te ofrezco la felicidad de los tuyos, un hogar al abrigo de todas las contingencias, una vejez tranquila para tu madre, el porvenir de tus hermanos asegurado y para ti...

ANA MARÍA. La ignominia, el deshonor.

ROGELIO. Toda mi vida.

ANA MARÍA. ¿Está seguro de que vale tanto su vida?

ROGELIO. No pierdo la esperanza de que algún día la aprecies mejor.

ANA MARÍA. ¿Y está usted seguro de que los míos no me arrojarán al rostro el precio de su bienestar?

ROGELIO. No, Ana María. Para entonces las cosas no tendrán remedio y el concepto de lo irreparable es y será siempre bálsamo de dolores y atenuante de escrúpulos. Verás, Ana María, verás qué felices seremos todos. Verás á este hombre viejo que tanto has calumniado hasta ahora...

ANA MARÍA. Basta. Una pregunta final. Mamá..., respóndame con entera franqueza; mamá... ¿está enterada de todos sus propósitos?

ROGELIO. Quizás sospeche.

ANA MARÍA. Contésteme categóricamente. ¿Sabe?

ROGELIO. Sí.

ANA MARÍA. Lo había imaginado. *(Pausa.)* Está bien, Rogelio, hágame el servicio de irse. Vuelva luego, mañana... pasado. Váyase. Quiero estar sola.

ROGELIO. *(Impresionado.)* Adiós, Ana María.

ANA MARÍA. ¡Oh, qué horror! *(Pausa larga, monumental, muy expresiva.)* ¡Esto es horrible, horrible!...

ESCENA ULTIMA

BASILIO *y* ANA MARÍA

BASILIO. *(Con los frascos de remedio.)* ¿Se ha ido ese señor?... Aquí están los remedios, Ana María.

ANA MARÍA. ¡Tú!... *(Impetuosa arrojándose á sus brazos.)* ¡Oh, Basilio, mi Basilio!

BASILIO. ¡Señor! ¡qué misterio es éste!

ANA MARÍA. *(Solloza un instante siempre abraza-*

da de Basilio. Luego, reponiéndose, con energía.) ¡Basilio: llévame contigo!...

BASILIO. Serénate, Santita. ¡Cuéntame lo que ha pasado!

ANA MARÍA. No me preguntes nada. Llévame en seguida. No perdamos tiempo. Así con lo puesto.

BASILIO. *(Intenta decir algo.)*

ANA MARÍA. *(Tapándole la boca.)* Ni una palabra. Llévame... Llévame...

BASILIO. Debe pasar algo muy grave. Está bien, te llevaré á casa de mi madre...

ANA MARÍA. ¡No! ¡contigo!... ¡contigo!...

BASILIO. *(En el colmo de la sorpresa, casi angustiado.)* ¡Ana María!

ANA MARÍA. *(Echándose al cuello y besándolo apasionadamente.)* ¡Oh! ¡cuánto te quiero!... ¡vámonos!...

BASILIO. *(Estupefacto, conduciéndola.)* Ven... Ven...

TELÓN

ACTO SEGUNDO

La misma decoración

ESCENA PRIMERA

ENCARGADA *y* MARCELINA

ENCARGADA. Pero señor: ¿cuándo me iba á imaginar yo que esa muchacha hiciera lo que hizo? Los veo salir al patio, muy pegaditos, eso sí, y supongo irá á acompañarlo hasta la puerta de calle como de costumbre. Todavía los seguí mirando con cariño porque, aparte de todo, formaban una linda parejita; cuando pasa el tiempo, pasa el tiempo y nada de volver la niña. No me conformo, no señora, no me conformo. Su hija tan buena, tan modestita, no estaba en sus cabales cuando se dejó llevar por ese hombre. No estaba en sus cabales. Y precisamente en el momento en que las cosas se presentaban también y les caía esa ayuda del cielo.

MARCELINA. Déjeme. Todavía no vuelvo de mi asombro. ¡Ana María dar un paso semejante, abandonarnos de esa manera!...

ENCARGADA. ¿Y qué dice el socio de ustedes? La muchacha le tenía un poco de inquina, ¿verdad?

MARCELINA. Sí, señora. Una preocupación infundada, se lo aseguro y tal vez eso sea la causa de su actitud. ¡Qué locura la de esta pobre hija mía! ¡Qué locura!...

ENCARGADA. En fin, hay que tener resignación. Quién sabe si el día menos pensado no se aparece como una Magdalena arrepentida, cuando vuelva en sí y convenga de que nada bueno hay que esperar de una vida así, tan contra toda ley. El socio de ustedes se habrá quedado pasmado.

MARCELINA. Claro está. Dice que no nos retira su protección, pero usted comprenderá que después de lo ocurrido nada debo aceptarle.

ENCARGADA. Naturalmente.

MARCELINA. No sé cómo me las voy á arreglar para atender todo esto. Si para las dos era una tarea, imagínese usted ahora...

ENCARGADA. ¿Sabe lo que debe hacer?... Mande á la señora mayor al hospicio. Es una lidia menos para usted y para la pobre un alivio, porque en el hospital tal vez hasta la curen, á pesar que me parece...

MARCELINA. Ya lo hemos determinado. El mismo Rogelio me lo aconseja y ha dado los pasos para que la admitan en un Hospital.

ENCARGADA. Mucho antes debieron hacerlo.

MARCELINA. Cualquiera convencía á Ana María. Tenía veneración por la pobre vieja. Para los mismos muchachos, para esas criaturas inconscientes va á ser todo un dolor la separación. *(Pausa.)*

ENCARGADA. *(Suspirando.)* ¡En fin!...

ESCENA II

ROGELIO, ENCARGADA *y* MARCELINA

ROGELIO. Buenas tardes.

ENCARGADA. Con permiso, vecina. Hasta luego.

MARCELINA. Adiós, señora.

ROGELIO. Esta tarde vendrán á buscar á la señora. Estará muy bien allí. *(Pausa.)* ¿Ninguna noticia?

MARCELINA. Ninguna. Ni la espero.

ROGELIO. Yo sí. Conozco su carácter. Se ha dejado llevar por su espíritu vehemente y voluntarioso, pero á esta fecha está más que arrepentida de su desplante. Hay mucho de atolondramiento en su energía.

MARCELINA. No la conoce usted bien. Es vanidosa y terca. Cuando toma una determinación, no hay fuerza que la haga cejar.

ROGELIO. Tiene muy arraigado el sentimiento de la familia. Pasado el aturdimiento del primer instante, no tendrá otra preocupación que ustedes. Se imaginará que yo decepcionado y ofendido en mi amor propio no he vuelto á esta casa, que ustedes lo pasan mal, que no hay quien vista á los chicos para el colegio, ni quien vele por abuelita, se acordará de la nena enferma y verá usted, Marcelina, cómo no hay fuerza ni pasión capaces de retenerla.

MARCELINA. ¡Pobrecilla! *(Pausa.)* Dígame, Rogelio. ¿Entre ustedes no pasó nada, nada más de lo que me ha contado?

ROGELIO. *(Con cierta vehemencia.)* Se lo aseguro. El más tímido y respetuoso de los hombres no se habría comportado con mayor delicadeza. Si mi actitud ha po-

dido ofenderla, mis palabras no. No hubo el menor asomo de violencia ó de apremio. Le expuse mi sentir con la vehemencia y la sinceridad de un escolar. Es muy natural que lo insólito de la situación haya agraviado sus sentimientos de honor y de decoro, pero yo pensé poder atenuar el agravio con la verdad y la honradez íntima de mis intenciones, porque puedo asegurarle, Marcelina, que en el fondo de mi pasión, todo lo anormal que usted quiera, existía el anhelo y la certidumbre de hacerla feliz.

MARCELINA. Lo sé, Rogelio. De otra manera no habría consentido su conducta. Pero me temo que su impaciencia haya provocado este desenlace.

ROGELIO. Tenía que obrar así. Todo disimulo con Ana María hubiera sido contraproducente. Seguiría sintiendo su pudor acechado por bajos instintos y acabaría por cobrarme repulsión. No, no, prefiero haberlo perdido todo así, de esta manera leal. *(Pausa.)* En fin, lamentaría que no fuera feliz. *(Pausa.)* ¿Persiste usted en quedarse aquí?

MARCELINA. Sí.

ROGELIO. ¿Y en rechazar mi ayuda?

MARCELINA. Sí. Suceda lo que suceda quiero recuperar la estimación de mi pobre hija y eso no lo conseguiré mientras viva bajo el amparo de usted. Mi buena intención no me exime del error cometido. Sin el trastorno de la abuela y mejorada mi hijita la lucha me será más fácil. Quizás más tarde reclame su protección para alguno de mis hijos. Por ahora, nada debo aceptarle.

ROGELIO. Adiós Marcelina. *(Aparece Basilio muy agitado.)*

ESCENA III

ROGELIO, BASILIO, MARCELINA *y* LA NENA

ROGELIO. ¿Qué quiere usted aquí, señor?

BASILIO. *(Al verlo, se detiene como para retroceder, pero reacciona en el acto y nerviosamente.)* Señor... yo... Vea usted, suprima actitudes, que me trae un asunto muy grave. ¿Dónde está Ana María?... *(Sorpresa y alarma.)* ¿No ha venido?... ¿No la han visto ustedes?...

MARCELINA. ¿Qué ocurre? ¡Hable usted!... ¡Pronto!...

BASILIO. Algo muy extraño y muy alarmante. No me exijan explicaciones de lo que ha pasado, porque no sabría darlas y porque no es el momento de darlas. El caso es que hace un instante al llegar á mi cuarto no encuentro á Ana María, la busco, no está; aguardo, no viene. Supongo que pueda haber ido á casa de mi madre. Corro hacia allá, no estaba ni había ido, regreso á la mía un poco inquieto y nada. Vengo aquí y tampoco saben darme noticias.

ROGELIO. *(Tranquilamente.)* Habrá salido de compras.

BASILIO. No. Es que al volver de nuevo á mi cuarto me encontré con una carta que no había advertido en el primer momento, una esquela despidiéndose para siempre de mí y anunciando quien sabe que horrible determinación...

MARCELINA. *(En el paroxismo.)* ¡Mi hija!... ¡Mi Ana María!... ¡Qué castigo!... *(Se desploma, corren los dos en su auxilio, la alzan y la sientan.)*

ROGELIO. *(Muy impresionado).* Haga el favor de atender á esta señora. Voy á saber de Ana María. Voy á la policía. Tal vez se pueda evitar la desgracia.

BASILIO. ¡Usted no! ¡No le corresponde!...

ROGELIO. No sea niño. Tengo mejores recursos que usted. *(Se va precipitadamente.)*

ESCENA IV

LA NENA, BASILIO *y* MARCELINA

LA NENA. ¡Mamá! ¡Mamá querida!...*(Hace un esfuerzo por incorporarse y cae con un grito de dolor.)*

BASILIO. *(Atribulado, corre de un lado á otro sin atinar á nada, hasta que se resuelve y hace una compresa con su pañuelo y humedece el rostro de Marcelina que empieza á volver en sí. Luego á la nena.)* No te alarmes, hijita. No es nada. Se cayó tu mamá.

MARCELINA. ¡Mi hija! ¡Mi pobre Ana María! ¡Qué castigo, Señor!... *(Crisis de llanto.)*

BASILIO. Cálmese usted, señora. Lo más probable es que sólo se trate de una cavilación mía.

MARCELINA. No. Conozco á mi hija y sé que es muy capaz... ¡Oh, qué castigo!... ¡Yo, yo soy la única culpable!...

BASILIO. Serénese. Ana María es muy razonable y si ha tenido un arrebato no ha de demorar en reaccionar.

MARCELINA No. Ella hace lo que anuncia y esa carta... ¿La tiene usted?

BASILIO. Sí. *(Saca la carta del bolsillo.)* Vea lo que me dice: «Adiós, Basilio. Al consumar mi sacrificio te pido que no pienses más en mí, sino para acordarte

de que te he dado la mayor prueba de cariño que pueda dar una mujer que se respeta. Ana María.»

MARCELINA. ¡Ah! ¡Descanso!... ¡Comprendo!... ¡Comprendo!...

BASILIO. Explíquese, señora... ¿Qué otro significado puede tener esa esquela?...

MARCELINA. Déjeme ahora... Ya lo sabrá usted. *(Va á la cama de la nena y la tranquiliza con sus caricias.)*

BASILIO. Señora. Todo lo que pasa aquí es muy extraño y es necesario que yo descifre este misterio...

MARCELINA. Esté usted tranquilo, que yo me encargaré oportunamente de descifrarlo. ¿Dónde fué Rogelio?

BASILIO. No lo sé. Salió precipitadamente. Estoy viendo en su alma que usted no abriga ningún temor por Ana María, ¿querría explicarme...?

MARCELINA. Ya lo sabrá usted, hijo mío. Siéntese y cuénteme cómo se produjo la aventura de ustedes.

BASILIO. Ese es el gran misterio, señora.

MARCELINA. ¡Hable, hable!...

BASILIO. Usted conoce de sobra toda la honestidad de mis relaciones con Ana María. Pues bien, la otra tarde regresaba con los medicamentos para la nena y apenas entré, Ana María me echó los brazos al cuello. «¡Llévame, sácame de aquí! No puedo más.» Yo, que estaba uń poco inquieto después de las escenas de un rato antes, sospeché quien sabe qué cosas graves y le ofrecí depositarla en casa de mi madre. «No. Llévame contigo.»... Luego consumado el extraordinario rapto le exigí una explicación. ¡Qué había de dármela! ¡Nada! «Lo hice porque te quiero.» ¿Pero y los tuyos? «Tú eres lo único

mío.» No pude sacarla de ahí. Desarmaba mi insistencia con arranques de ternura. Y no acabado de salir de mi perplejidad me da la sorpresa alarmante de su fuga y su despedida. Y aquí me tiene usted en un abismo de conjeturas, deshilvanando unas para hilvanar otras, sin atinar á explicarme qué es lo que ha pasado y está pasando.

MARCELINA. ¡Pobrecitos!... ¡Pobrecitos!...

ESCENA V

ANA MARÍA MARCELINA *y* BASILIO

ANA MARÍA. *(Aparece con sus maneras habituales como si nada hubiera pasado.)*

MARCELINA. *(Corriendo á su encuentro.)* ¡Hijita! ¡Mi Ana María! *(La acaricia y la palpa efusiva, monologando con ternura.)* ¡Mi nena! ¡Criatura de mi vida! ¡Te esperaba!... Bien segura estaba de que volverías.

ANA MARÍA. *(Después de besarla.)* ¿Cómo está la nena? ¿Cómo está abuelita? *(Corre á la cama de la nena que besuquea efusiva y volviéndose á la anciana que debe estar en su lecho la besa también.)* De seguro que me echaba de menos. ¡En su aparente inconsciencia todo lo comprende!... Perdóname Basilio, el disgusto que te doy. Estaba segura de hallarte aquí. Es preferible, de todos modos.

MARCELINA. *(Que ha seguido todos sus pasos contemplándola amorosamente.)* No, Ana

María. Tú no tienes que pedir perdón. Todos debemos pedirte que nos perdones.

ANA MARÍA. ¡Oh, por qué!... *(Se sienta. Sus ademanes responden á una evidente depresión física y moral. Se queda un instante ensimismada.)*

BASILIO. ¿Qué te pasa, mi santa?...

ANA MARÍA. *(Tendiéndole una mano.)* ¿Qué pensaste de mi carta, Basilio?

BASILIO. Una locura, Ana María. No era para menos. Y si tu madre al leer tu carta no me tranquiliza, éste era el momento en que andaba corriendo por esas calles en tu busca. ¿Qué ideas tan absurdas pasaron por la cabecita de mi Santa?

ANA MARÍA. Mamá comprendió, ¿verdad?

MARCELINA. Merezco todos tus reproches, hija mía.

ANA MARÍA. No, tú tenías razón.

BASILIO. *(Con cierta impaciencia.)* Háganme ustedes el servicio de acabar con esta incertidumbre. ¿Qué les pasa? ¡Qué ha sucedido? Comprenderán que no puedo continuar actuando en este drama ó en esta comedia con un papel tan desairado.

MARCELINA. Es justo, hijo. Debemos decírselo todo y á mí me corresponde hacerlo para la tranquilidad de mi conciencia.

ANA MARÍA. Déjame mamá. Hablaré yo. Basilio lo que te decía en mi carta es la pura verdad. Perdóname la mortificación que te causo. Es forzoso que nos separemos.

BASILIO. ¡Separarnos! ¿Estás en tu juicio?

ANA MARÍA. En mi cabal juicio. Tengo un carácter un poco impulsivo pero puedo asegurarte que mi determinación no es un desplante impremeditado. Cuando me entregué á ti ya había resuelto dar este paso.

BASILIO. ¿Qué dices, Ana María?

MARCELINA. No tome usted en cuenta sus palabras. Lo que dice no sucederá. Yo soy culpable de este conflicto y por lo tanto quien debe resolverlo soy yo. No se alarme, Basilio, que nada podrá entorpecer la dicha de ustedes.

ANA MARÍA. Mi resolución es irrevocable, mamá.

MARCELINA. No lo consentiré. Todo cuanto pasa, hijo mío, puede sintetizarse en muy pocas palabras dolorosas. Usted conoce nuestros apremios de estos últimos tiempos. Exasperada por la miseria ante la perspectiva del desalojo y la realidad del hambre de mis hijos, no vi otro medio de salvación que acudir, contra la voluntad de Ana María, á la protección de un hombre cuya presencia en esta casa era un agravio para su honor y para el decoro de todos.

BASILIO. ¡Oh, empiezo á comprender!

MARCELINA. Y no fué ese mi único grave delito. Tengo que confesar una indignidad mayor...

ANA MARÍA. Cállate mamá. No digas más. No te lo consiento.

MARCELINA. Yo conocía las intenciones de ese hombre y las toleré.

ANA MARÍA. No es cierto, Basilio. Era un secreto mío...

MARCELINA. Y las amparé.

ANA MARÍA. No es verdad. Lo hace por salvarme y se condena injustamente.

MARCELINA. ¡Hija mía! ¿Por qué me castigas tan cruelmente?...

BASILIO. ¡Cuánta aberración! ¡Pobre Ana María!...

ANA MARÍA. Nadie más que yo conocía las intenciones de ese hombre.

BASILIO. ¡El miserable!

ANA MARÍA. Hablemos serenamente. Debemos separarnos, Basilio.

BASILIO. No. ¡Ahora menos que nunca!

ANA MARÍA. Se lo he prometido á ese hombre.

BASILIO. ¿Tú? ¿Tú?

ANA MARÍA. Sí.

BASILIO. ¿Tú?

ANA MARÍA. Te repito que no creas que se trata de una resolución impremeditada, ni pienses que quiero ganarme las palmas del martirio. *(Melancólicamente.)* En la vida me he ocupado tan poco de mí, que este renunciamiento de mis aspiraciones no me tortura mayormente. Por otra parte, si no quiero á ese hombre tampoco lo odio y tengo la certidumbre de que procurará hacerme feliz. Y quién sabe si más tarde, en un hogar apacible, contemplando la dicha de los míos no llego á recuperar la felicidad que ahora me escapa...

BASILIO. *(Conmovido.)* Ana María, ¿quieres hacerme llorar?

MARCELINA. *(Sollozante.)* ¡Hija, hija! ¡No hables de la felicidad de los tuyos que no podrá existir! ¡No me tortures, no te vengues de mí! Si haces una cosa semejante me matarán los remordimientos.

BASILIO. Vamos, mi Santa. *(Acariciándola.)* Basta... La lección ha aprovechado ya... No la eternes. Ahora, á no pensar más en el asunto y á trabajar por el bienestar de todos. Verás que nuestra voluntad y nuestro amor pueden más que todas las asechanzas de la miseria.

MARCELINA. Sí; hijita. Olvidemos el pasado.

ANA MARÍA. Todo lo que dices, Basilio, es muy bonito para dicho ó para leído. La realidad pronto se encarga de desvirtuarlo.

Yo me he impuesto la obligación de sostener este hogar y no debo acarrearte una carga tan dura. Hablemos prácticamente; tú tienes por tu parte obliciones más livianas, pero tan sagradas como las mías. Unámoslas y verás la montaña de esfuerzo que nos exigen.

BASILIO. Nos sobran energías á los dos.

ANA MARÍA. Ya ves en lo que han parado las mías. Así es que seamos razonables. Tú por tu lado y yo por el mío.

BASILIO. No. Déjate de niñerías. ¿Verdad, señora, que estamos dispuestos á no tomarla en serio?

MARCELINA. Por otra parte, he encontrado un argumento tranquilizador. Después de los hechos producidos, estoy segura de que Ana María no podrá realizar su propósito.

ANA MARÍA. ¿Qué quieres decir, mamá?

MARCELINA. Que las circunstancias se han modificado y que tu decisión ha de encontrar obstáculos...

ANA MARÍA. *(Enérgica.)* No. Te equivocas. Ahora yo exijo. Yo me impondré si es necesario.

BASILIO. ¿Qué locura es ésta?

ANA MARÍA. *(Paseándose nerviosa.)* Me han obligado... Me han lanzado... Ahora tienen que darme cuentas... ¡Hum!... No será así... lo juro... ¡No será!... ¡No tiene derecho á repudiarme, no!... Me he puesto en condiciones de corresponderle...

BASILIO. Cálmate, Ana María. ¡Estás diciendo cosas monstruosas!... horribles... indignas, si tu pudieras decir algo indigno. ¡Cálmate!

ANA MARÍA. Basilio, voy á ser más categórica. Mi resolución es inquebrantable. Perdóname una y mil veces, pero no inten-

tes disuadirme. Voy á comprarle á ese hombre el bienestar de los míos. Me había ofrecido el negocio y ha de cumplir su palabra, lo obligaré á cumplirla. El ha provocado estas situaciones extremas y no puede volverse atrás.

BASILIO. *(Severo.)* Ana María, es tan rara tu conducta que empieza á hacer vacilar mi fe en ti y en tus sentimientos.

ANA MARÍA. No tienes derecho, Basilio.

MARCELINA. *(Llora silenciosamente.)*

BASILIO. Si persistes en semejante propósito, sí.

ANA MARÍA. Persisto. Ninguna razón del mundo me hará desistir.

BASILIO. Debo creer entonces que aquí se está jugando una comedia inicua.

ANA MARÍA. ¿Después de cuanto he hecho por ti?

BASILIO. ¿Y qué es eso? ¿Qué importa? ¿Qué significa?... ¿Una prueba de cariño, acaso?

ANA MARÍA. ¡Soy una mujer honrada!

BASILIO. ¿Qué valen los dones materiales ante todas las ilusiones que destruyes y todas las esperanzas que matas? ¡Ana María; vuelve en ti! ¡Vuelve en ti! Dime que si has pensado cosas tan absurdas, ya no las piensas. Vuelve en ti. Perdóname si te he agraviado con una duda. Sé que eres una digna mujer, la más buena, la más pura de las mujeres.

ANA MARÍA. Estoy resuelta, Basilio.

BASILIO. ¿A qué? ¿A buscarte las comodidades y los placeres que yo no podré darte?

ANA MARÍA. A buscarlos para los míos.

BASILIO. ¡Has hallado un buen pretexto! ¡Un buen pretexto! ¡Oh! ¡Cuánta miseria! ¡Y luego pretenderás que crea en tu sacrificio! *(Emocionado hasta las lágrimas.)* ¡Es una indignidad es una maldad, un refinamiento incalificable jugar así con los sentimientos de un

hombre honesto! ¡Una perversidad!... ¡Una perversidad!... *(Solloza.)*

ANA MARÍA. *(Dulcemente.)* No me injuries, Basilio. Quisiera que termináramos más razonablemente. Debemos hacerlo siquiera sea por el recuerdo de los muchos días de esperanza que compartimos y de los últimos momentos de dicha inolvidables que gozamos.

BASILIO. *(Alzándose.)* ¡Vamos, Ana María!

ANA MARÍA. No, Basilio.

BASILIO. *(Hace un gesto de ira y desesperación; aparece Rogelio.)*

ESCENA ÚLTIMA

TODOS

BASILIO. *(Al ver á Rogelio corre á echársele encima.)* ¡Ah! ¡El infame!

ANA MARÍA. *(Con un grito.)* No. ¡Basilio! *(Corren con Marcelina á interponerse. Rogelio se aparta á un lado y entre las dos conducen á Basilio hacia la puerta.)*

BASILIO. ¡Oh, nos encontraremos!...

ANA MARÍA. Vete, Basilio.

ROGELIO. *(Que no se ha inmutado limitándose á alejarse un poco.)* ¿Qué sucede aquí?

ANA MARÍA. Su obra, señor.

ROGELIO. ¡En todo caso la tuya, muchacha! ¿Qué te ha ocurrido? Vino ese mozo desesperado, anunciando tu suicidio ó poco menos, y claro está: me eché á buscarte. Hubiera ido hasta la policía á no ocurrírseme pasar por el escritorio. Allí me dijeron que tú habías estado á buscarme. ¿Qué querías de mí?

ANA MARÍA. Me extraña que usted lo pregunte. ¿No

habíamos quedado en que estaba usted dispuesto á venderme un hogar, con mucho pan, el porvenir de mis hermanos y una vejez apacible para mi madre? Pues aquí me tiene en condiciones de cerrar el trato. Acabo de despedir á mi amante.

ROGELIO. ¡Siempre la chiquilla!... La misma cabeza de chorlito.

MARCELINA. Si nuestra vieja amistad me da algunos derechos, yo le pediría que no tomara en cuenta las palabras de esta hijita.

ROGELIO. Tranquilícese, Marcelina, á ese respecto.

MARCELINA. Dígale usted también que yo arrepentida de mis errores, había rechazado la protección que usted me ofreció con la idea de rehabilitarme ante sus ojos. Dígaselo para que me perdone y me reintegre en su cariño.

ROGELIO. Sí, señora. He de decirle eso y mucho más. Ven acá, chiquilla. Voy á ver si esta vez consigo que creas aunque sea un poquito, en mi sinceridad. Si este viejo se creyó alguna vez joven é intentó marchitar tu pureza, este viejo era un bellaco sin más atenuantes que la de no haber hablado un momento consigo mismo. En estos últimos días logró encontrarse con frecuencia con su persona y han departido, tristemente, melancólicamente, que tristes y melancólicas son siempre las charlas entre viejos. Y él viene á decirte: cásate con tu amante ó no te cases con él, que en asuntos de moral no es el más apto para dar consejos; sé dichosa y no te preocupes del bienestar de los tuyos que está asegurado ya.

ANA MARÍA. No: esto no se le acepta al buen anciano.

ROGELIO. ¡Es una reparación; la reposición de la fortuna que *no* le robé á tu padre!

ANA MARÍA. ¡Oh! *(Muy emocionada.)*

ROGELIO. ¡Ah! ¡Te... impone una condición!... Que no le guardes rencor. El quisiera volverte á ver, pero como antes cuando correteabas por los patios de su casa, jugando con sus hijitos.

TELÓN

Publicaciones de la casa B. FUEYO

Paseo de Julio, 1342.—Buenos Aires

Iglesias (Ignacio).—La madre eterna. Drama social, 3 actos,
Clemente (Jorge San).—Germinal. Tragedia social-histórica. 3 actos y en verso.
Iglesias (Ignacio).—Juventud. Drama social, 1 acto.
Silva (Dante).—Los mártires. Drama social, 1 acto.
Rey (Miguel).—¿Dónde está Dios? Monólogo anticlerical.
Libert Fag.—El atentado. Monólogo satírico.
Gonse.—¡Criminal...! Monólogo dramático-social.
Grijalvo.—Héroe ignorado. Monólogo en verso.
P. de Lidia.—Fin de Fiesta. Drama en 1 acto.
González de Castro.—¡Al fondo!... ¡Al fondo!... Drama en un acto.
Dicenta (Joaquín).—El león de bronce. Monólogo en 1 acto.
Sánchez (Florencio).—Un buen negocio. Comedia en 2 actos.
» » Marta Gruni. Sainete en 1 acto.
Pico (Pedro E.)—¡Para eso paga...! Boceto dramático en un acto.
Lachevetière (Delisle de).—Arlequín el salvaje. Comedia en 3 actos.
Gilimón (Eduardo G.).—Ferrer y Nakens. Crónica del proceso incoado con motivo del hecho de Mateo Morral y retratos de los procesados, precedida por los atentados anarquistas.
Martínez Cuitino. — Rapsodias paganas. Poesías revolucionarias.
Gori.—La anarquía ante los tribunales. Defensa pronunciada por Gori en el proceso de los 36 anarquistas de Génova, con la biografía de Gori, por Altaïr.
García (Enrique).—El contrato social. Estudio sociológico.
Varios.—El cancionero revolucionario. Himnos y canciones sociales en español é italiano.
Kuhne.—¿Estoy sano ó enfermo?

DRAMAS Y COMEDIAS

en venta en esta casa

	$ m/n
Álvarez (Mariano). — Vengar con sangre una ofensa, 1 acto	0'40
Balzac.—Lucha eterna, 5 actos.	0'50
Bjoernson.—El rey, 4 actos.	0'50
» El guante, 3 actos.	
» Más allá de las fuerzas humanas, 2 actos.	0'50
Calderón.—La vida es sueño, 3 actos.	0'50
Carranco.—Lágrimas, 1 acto	0'10
Catarineu (Ricardo J.) — La huelga de los herreros. 1 acto	0'20
Chardón.—Floreal, 3 actos	0'50
Dedeu.—El pecado es la miseria, 4 actos	1'—
Descaves.—La jaula, 1 acto.	0'40
Dicenta.—Juan José, 3 actos.	0'30
» El crimen de ayer, 3 actos	0'30
Florencio Sánchez.—M'hijo el Dotor, 3 actos	2'—
Fontanela (Agustín).—La traviesa, 1 acto.	0'50
» » Sensitiva, 1 acto.	0'50

	$ m/n
García A. y Paso.—Todo está muy malo, 1 acto.	0'20
Ghiraldo.—Alma gaucha, 3 actos.	0'50
» Alas, 1 acto	0'30
Glacometti.—Muerte civil, 4 actos	0'30
Gori (Pedro). — Primero de Mayo. Boceto dramático en 1 acto	0'20
Guimerá (Angel).—Tierra baja, 3 actos	0'50
Halbe (Max).—Juventud, 3 actos	0'45
Hauptmann.—Almas solitarias, 5 actos	0'50
» Los tejedores, 5 actos	0'30
Hervieu.—Las tenazas, 3 actos	0'60
Ibsen.—Los puntales de la sociedad, 4 actos.	0'50
» Halvard Solness, 3 actos	0'50
» El pato silvestre, 5 actos	0'50
» Un enemigo del pueblo, 5 actos	0'50
» Brand, 5 actos.	0'50
» Los espectros, 3 actos	0'50
» Casa de muñeca, 3 actos	0'50
» La comedia del amor, 3 actos	0'45
» Edda Gabler, 4 actos	0'50
» La unión de los jóvenes, 5 actos	0'50
» La dama del mar, 5 actos.	0'50
» Peer Gynt, 5 actos	0'50
» Rosmersholm, 4 actos	0'50
» El niño Eyolf, 3 actos	0'50
» Juan Gabriel Borkman, 4 actos	0'30
» Emperador y Galileo, 2 tomos	0'90
Lustonó (Enrique).—Basta de suegros, 1 acto.	0'40
Mæterlinck.—La intrusa.—Los ciegos.	0'50
Malatesta.—En tiempo de elecciones (diálogo)	0'10
Malato.—¡En guerra!, 1 acto	0'30
Marlowe.—Fausto	0'50
Martínez.—Un día de elecciones, 1 acto	0'20
Maturana.—Gentes honradas, 1 acto.	
» A las doce, 1 acto	0'30
» ¡Qué calor con tanto viento!	0'30
» La flor del trigo, 3 actos	0'50
Mirbeau.—Los malos pastores, 5 actos.	0'60
» La epidemia, 1 acto	0'40
Molina (Tirso de).—El vergonzoso en palacio, 3 actos	0'50
P. de Lidia.—Fin de fiesta. Drama en un acto	0'20
Pagano.—Más allá de la vida, 3 actos	0'50
» El dominador, 4 actos	0'50
» Almas que luchan, 3 actos	0'50
» Nirvana, 3 actos	0'50
Payró.—Sobre las ruinas, 4 actos.	0'50
Rey.—Alma social, 1 acto.	0'40
Salaverri (Vicente).—Resurrexit, 1 acto	0'30
Sánchez Gardel.—Las dos fuerzas, 3 actos.	0'50
Shakespeare.—Hamlet, 5 actos	0'50
» Macbeth, 5 actos.	0'80
» Otelo, 5 actos.	0'50
» La fierecilla domada, 5 actos	0'50
Socino.—Glorifiquemos al trabajo, 3 actos	0'40
Südermann.—El honor, 4 actos	0'50
» Magda, 4 actos	0'50
Tirso de Molina.—El vergonzoso en Palacio.	0'50
Urales.—Ley de herencia, 4 actos	0'60